

# Guerra y paz en el mundo

RAFAEL L. BARDAJI,

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

**E**N 1975, el gran filósofo Emmanuel Kant editaba un pequeño opúsculo político con el título "La paz perpetua" en el que, de manera optimista, preconizaba un mundo en el que las relaciones de los Estados se sujetasen al derecho y a la moral. El libro se agotó rápidamente a pesar de sus 1.500 ejemplares de tirada, pero el loable deseo de los lectores, así como el de los de sucesivas tiradas, chocó siempre con una realidad empeñada en demostrar la ingenuidad del filósofo. Era la guerra y no la paz la que se perpetuaba.

Casi doscientos años más tarde, en el verano de 1989, Francis Fukuyama, un analista de política exterior metido momentáneamente a filósofo, publicaba un artículo provocativamente llamado "El final de la Historia", en el que defendía que, tras el fracaso del comunismo, el final de la guerra fría no podía significar sino el final de las guerras. Y en verdad, las revoluciones democráticas de 1989 en los países llamados "del Este", la descomposición del Pacto de Varsovia en tanto que organización militar, la reducción de la tradicional amenaza soviética, así como las perspectivas de cambio en la URSS, han permitido que por unos escasos meses los occidentales, especialmente los europeos, soñasen de nuevo con la instauración de un orden mundial de paz y estabilidad.

Ese sueño, al igual que el de Kant, sería bruscamente interrumpido por la realidad mundial, esta vez de la mano de Irak, cuando el 2 de agosto invadió violentamente a su vecino Kuwait.

La invasión iraquí es importante por varias razones. En primer lugar, viene a sacudir a un mundo occidental plácidamente instalado en una falsa "paz perpetua" y que en los últimos meses sólo esperaba ver reducir sustancialmente los gastos de defensa y los efectivos de los ejércitos. No sólo se había olvidado rápidamente que el dilatado período de estabilidad que hemos disfrutado en Europa desde 1945 se había debido, en gran parte, al continuado esfuerzo defensivo de los aliados occidentales en contrarrestar la amenaza del Este, así como a la neta supremacía militar sobre el resto de países del mundo, sino que los horrores, inútiles por lo demás, de conflictos como los de Vietnam o el Líbano, sumados a la imagen de devastación total achacada a las armas nucleares, habían hecho emanar una conciencia que prefiere no luchar, sino apaciguar hasta el último momento y, llegado el caso, vivir sometidos a los designios, caprichos y chantajes de otros, pero sobrevivir.

Con su agresión, Irak nos ha recordado violentamente que para algunos, la fuerza militar sigue siendo un instrumento racional y adecuado para las aspiraciones políticas y que, llegado el caso, se utiliza. El orden mundial, lejos de ser un estado natural es, por contra, una situación inestable y muy frágil que hay que mantener y defender continuamente con los medios apropiados, incluidos los militares. Y esa es una enseñanza que no se olvidará fácilmente.

En segundo lugar, la contumaz negativa de Saddam Hussein a obedecer las resoluciones de Na-

ciones Unidas y su empecinamiento en seguir en Kuwait por todos los medios, incluido el secuestro de ciudadanos occidentales o la violación de las embajadas, pone de relieve que no siempre la razón y la diplomacia pueden obtener resultados positivos. Ciertamente, la guerra es el apocalipsis ahora, hecho sangrienta realidad. Es un infierno que es necesario evitar por todos los medios pero, eso sí, no a cualquier precio. Hay paces que no son más que el sendero seguro para una mayor destrucción. Y eso es algo que, con cada día que pasa, parece que se comprende mejor. El recurso a las opciones militares es siempre algo malo, pero no siempre inútil: Luchar contra Hitler alteró el destino de las naciones, como contraatacar a los argentinos cambió el futuro de las Malvinas, y guerrear durante años les valió la retirada soviética a los "mujaidines" afganos.

Igualmente, en tercer lugar, la sorpresa de la invasión no debe dejar lugar a dudas sobre la necesidad de mantener un buen aparato de inteligencia que detecte y advierta de posibles agresores. El "shock" con que se ha recibido la agresión iraquí no debe empañar el hecho de que algunos de los líderes occidentales habían recibido de sus aparatos de inteligencia evidencias suficientes de los propósitos iraquíes, particularmente en el caso norteamericano, y que dichos avisos, al igual que en otras ocasiones, tal como con la toma argentina de las Malvinas, los responsables políticos prefirieron desoír —o no oír— de hecho— las informaciones que se les elevaban.

En cuarto lugar, el Oriente Próximo se ha revelado como un lugar ciertamente alejado en un momento de urgente necesidad de desplazar y desplegar allí tropas. Las unidades terrestres en Europa, habiendo centrado sus mayores esfuerzos en los sistemas mecanizados capaces de hacer frente a los soviéticos, resultaban demasiado pesados para ser trasladados rápidamente. Las unidades ligeras ame-

ricanas, capaces de llegar en escaso tiempo resultaban, sin embargo, demasiado desprotegidas y mermadas en su potencia de fuego como para enfrentarse a un enemigo con un elevado número de carros y piezas de artillería en su inventario.

Toda vez que los potenciales escenarios de conflictos que se abren ante los europeos no están ya en su continente, sino, bien al contrario, muy alejados de él, se impone una reflexión sobre la composición de las unidades, su movilidad táctica y los requerimientos de proyectar su fuerza, pero no sólo. También sobre las necesidades de sostenimiento y mantenimiento a muchos kilómetros de distancia de las guarniciones y bases de tiempo de paz.

En quinto lugar, la propia naturaleza del enemigo al que se enfrentan las fuerzas multinacionales en la zona del Golfo, un ejército muy numeroso, bien entrenado y dotado de sistemas de armas modernas y de destrucción masiva, debe imponer una reflexión sobre los fenómenos de diseminación de las capacidades bélicas (cada día más países poseen ejércitos modernos) y de proliferación vertical (esos mismos ejércitos cada vez más cuentan con sistemas de armas de última generación). Hasta ahora, los países avanzados habían sabido traducir sus riquezas en superioridad tecnológica y militar. En el futuro, de no ponerse algún control a la producción, compra y venta de sistemas de armas, esto no será así.

Por otra parte, la habilidad diplomática norteamericana no sólo ha logrado ganarse el apoyo de los occidentales y buena parte de los árabes, sino que también se ha ganado a la Unión Soviética. Es más, instituciones como la ONU han puesto de manifiesto el gran papel político que pueden llegar a cumplir de darse ese inusual clima de entendimiento y consenso generalizado. Y esa es una importante lección a conservar. Pero también lo es que el papel mediador de las Naciones Unidas no puede ser infinito. Es cierto que en fechas recientes, y

tras décadas de persistente impotencia o de estrepitosos fracasos, miembros de la ONU han conducido operaciones ejemplares en aras de la paz. El control de la retirada de las tropas cubanas de Angola, del desarme de "la contra" en Centroamérica, o del proceso de independencia de Namibia, son ejemplos bien conocidos. Y es verdad que en todos ellos ha habido una novedosa y significativa presencia española.

Sin embargo, la situación de hoy en el Golfo no se parece en nada a las de Centroamérica y Sudáfrica. Para empezar, lo que falta en el Golfo es, precisamente, aquello que le ha garantizado a la ONU el éxito en sus últimas misiones: la aceptación de su papel y mediación por todos los actores implicados. Efectivamente, en las operaciones de mantenimiento de la paz, las partes deben aceptar las fuerzas de la ONU aunque esto les suponga una disminución de su libertad de acción, puesto que dichas fuerzas permiten a las partes dispuestas a contenerse en el uso de la violencia incrementar las expectativas de que, gracias a su presencia, normalmente bajo la forma de interposición, el resto de los contendientes también se sentirán constreñidos en el uso de la fuerza.

Desgraciadamente nada de esto parece cumplirse en el Golfo, donde para poder utilizarse los "cascos azules" Irak debería primero retirarse de Kuwait y, después, aceptar la interposición de las fuerzas internacionales entre su suelo y el kuwaití. De momento no hay indicios de que Saddam Hussein vaya a admitir ninguna de esas dos posibilidades. Es más, si las tropas de Bagdad renunciasen a Kuwait y volvieran a su país, esto se debería claramente a la presión internacional y no a la buena disposición negociadora de Hussein, lo que implicaría que, a diferencia de otras actuaciones ONU, el contingente humano de las tropas de interposición tendría que ser relativamente numeroso, no sólo capaz de observar y notificar las posibles violaciones, sino capaz de disuadir nuevas agresiones. Emplazar "cascos azules" para

que den testimonio de que se está cruzando la zona masivamente, como ocurrió en el sur del Líbano con motivo de la invasión israelí de 1982, es, de todas a todas, insuficiente. Y si en Nicaragua, Angola y Namibia los efectivos de la ONU han sido reducidos era porque su eficacia no dependía directamente del volumen de soldados, sino de su autoridad y capacidad para imponerse en la negociación con todas las partes.

Por tanto, mientras no se de esa voluntad y buena fe para la negociación, la única posibilidad de actuación de la ONU en la actualidad, más allá del bloqueo, es el envío de una fuerza de intervención o de imposición de la paz, pero eso es algo que de momento ningún estado miembro de la ONU quiere y si ellos no quieren, no se produce. Siguiendo el despliegue militar en el Golfo no puede por menos que señalarse el exquisito cuidado de los países en mantener bajo estricto control nacional cualquier posibilidad de involucración en hostilidades.

Precisamente esa sea otra de las enseñanzas a sacar: la falta de adecuación de las estructuras existentes para bregar con una crisis de las características de la actual en el Golfo. El bajo perfil que hasta ahora ha adoptado la Alianza Atlántica no supone más que su reconocimiento implícito de que más allá del enfrentamiento Este-Oeste, está mal capacitada para actuar. Lo que da al traste con muchos sueños sobre su reforma y expansión de miras. Por otro lado, la UEO, organización que coordina la presencia naval occidental en la zona, tardó tres semanas en poder hacerlo y solamente después de que varios países miembros hubiesen enviado ya sus destacamentos nacionales. Es más, la vía francesa de no vincularse más que a sus directrices nacionales ha puesto, en gran medida, en entredicho la viabilidad de un organismo plenamente europeo de la seguridad. En defensa, son siempre las organizaciones las que siguen a sus miembros y no al revés. ■